TEXTOS CLÁSICOS DE MEDICINA EN LA BOTICA JESUÍTICA DEL PARAGUAY*

Dra. María Cristina Vera de Flachs
UNC-CONICET (Argentina)
Arq. Dr. Carlos Page
CONICET (Argentina)

Sumario: 1. Introducción.– 2. Primeras noticias de la instalación de la botica de Córdoba. – 3. La legislación para los boticarios y el impulso de la Ilustración.– 4. La suerte de la botica y de los dedicados al arte de curar tras la expulsión.– 5. La administración de las Temporalidades.– 6. Ubicación y descripción de los bienes de la botica en la manzana jesuítica.– 7. Los libros de la botica: transmisores del saber científico.– 8. El destino de la botica jesuítica.– 9. A Modo de Conclusión

1. Introducción

Los jesuitas se destacaron sobre otras comunidades religiosas asentadas en América, entre otras cosas, por la manera de afrontar los asuntos sanitarios y por la precisión de sus testimonios históricos en ese campo[1]. La Orden se encontraba radicada en forma permanente en la ciudad de Córdoba desde 1599. Esta sede junto con la de Santiago del Estero y la de Asunción fueron los pilares de la nueva provincia Jesuítica del Paraguay. En la primera de dichas sedes se levantó el noviciado que comenzó a funcionar en 1608, la residencia y el Colegio Máximo. Sus alumnos iniciaron sus estudios en filosofía y teología en 1614, aunque no pudieron obtener grados universitarios hasta agosto de 1621, cuando un Breve apostólico del papa Gregorio XV los autorizó por diez años. Lo exiguo de la concesión fue revertida por otro breve, esta vez del papa Urbano III, del 29 de marzo de 1634, otorgando esa facultad sin límite de tiempo.

Los textos de los jesuitas, entre ellos las *Cartas Annuas* que los padres escribían a sus superiores, nos informan de la intensa labor desplegada por ellos en las enfermerías y boticas anexas a los Colegios que regentearon en las diferentes regiones americanas. Infinidad de pasajes podríamos transcribir para demostrar que, desde tiempos muy lejanos, cuando la peste azotó a la ciudad de Córdoba o sus alrededores los padres y hermanos se dedicaron, día y noche, al auxilio y cuidado de los enfermos llegando, a veces, a pagar con su propia vida el esfuerzo realizado. En momentos de epidemias, que se reiteraron a lo largo de su presencia en la región, el Colegio de Córdoba se transformaba en un verdadero hospital, al punto que los profesores de filosofía y teología abandonaban sus cátedras y se ponían a atender las dolencias del cuerpo y del espíritu. Era usual que acudieran a limpiar, lavar y curar a los enfermos, tarea que seguían practicando aun cuando morían, en tanto no se iban hasta dejarlos amortajados fuesen indios, negros, españoles, mujeres o religiosos

* Una versión más breve de este artículo fue presentada en el año 2007 al Congreso internacional tradición clásica y universidad (siglos XVI-XVIII) organizado por los institutos Séneca y Nebrija de la Universidad Carlos III de Madrid.

[1] M. E. del Río Huas, M. Revuelta González, S.J., *"Enfermerías y boticas en las casas de la Compañía en Madrid. Siglos XVI-XIX"*, *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Nº127, A. LXIV, Roma, 1995, p. 39

de otras órdenes. Cuando aquellos sanaban se pensaba que Dios les había devuelto la salud para que se arrepintieran, entendiendo que había una articulación entre los problemas de salud y el pecado.

En las misiones alejadas del Río de la Plata y Paraguay la estrategia de sanación iba desde el preparado de brebajes, la invocación a la virgen, el arrepentimiento por los pecados cometidos, etc. Muchas de las especies utilizadas y recomendadas siguieron usándose en los siglos subsiguientes e incluso algunas llegaron a conocerse y emplearse en Europa, en tanto muchas de ellas se podían plantar y crecían hasta en los patios de las casas[2].

2. Primeras noticias de la instalación de la botica de Córdoba

Carecemos de noticias precisas respecto al origen de la botica existente en esta sede americana, aunque sabemos que, al promediar el siglo XVII y a lo largo de la centuria siguiente, funcionaba en plenitud. Un estudioso de la Orden cita como referencia más antigua un recibo, inserto en un expediente del año 1638 existente en el archivo de la provincia de Córdoba, firmado por el Hermano Blas Gutiérrez que oficiaba como boticario y que había recibido de don Diego de la Cámara la suma de tres pesos por una purga que dio a Antonio Varreta[3]. En efecto, el Hno. Gutiérrez "pasó a las Indias para ejercer su oficio de barbería y cirugía en que era primo", pero había fallecido en 1636, por lo que no dudamos que el recibo que cita Furlong es anterior a la fecha del expediente. Por la nota necrológica inserta en la Carta Anua de 1635-1637 conocemos parte de su vida[4]. Había nacido en Vegacervera, León, en 1565, ingresando a la provincia del Paraguay en 1614 y dando sus últimos votos en Córdoba en 1626[5]. Curaba de preferencia a los miembros de la comunidad universitaria, sobre todo a partir de 1633, cuando el General de los Jesuitas dio la orden: "Que se excuse en cuanto pudiere el Hermano Blas, para acudir a curar seglares".

Antes de su radicación en Córdoba estuvo en Lima, en la casa del arzobispo Toribio de Mogrovejo y, luego, pasó a Santiago de Chile, donde después de hacer los Ejercicios Espirituales, solicitó ingresar a la Orden "Acudiendo a muchos oficios juntos, de cocinero, sotoministro, enfermero y refitolero". El P. Diego de Boroa agregó en su obituario que

> había sido enfermero tantos años, y tenía tanta experiencia y notable aplicación a su oficio y con su mucha caridad había aprendido, leído y experimentado medicamentos para acudir a los enfermos y necesitados y Nuestro Señor se había comunicado acertó en el curar, los seglares tenían extraordinaria fe con sus curas, esperando buen suceso en que todo lo que Hermano Blas ponía su mano.

Insiste el provincial en destacar también que

> ejercitó casi siempre por sus manos oficio de barbero de todos los de la casa, siendo juntamente médico y enfermero de todo el Colegio y de muchos pobres de fuera, acudiendo a todos con singular cuidado y caridad y agrado a cualquier hora que le buscasen, conque era amado por todos y estimado por sus virtudes.

[2] María Cristina Vera de Flachs, "Gaspar Juárez y su vínculo con Córdoba y su Universidad" en Carlos Page, ed., *Educación y Evangelización. La experiencia de un mundo mejor,* Universidad Católica de Córdoba, Córdoba 2005.

[3] Guillermo Furlong S.J. *Médicos argentinos durante la dominación hispánica*, Ed. Huarpes, Buenos Aires, 1947, p. 187

[4] Carlos A. Page. *El Colegio Máximo de Córdoba (Argentina) según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús*. Documentos para la Historia de la Compañía de Jesús en Córdoba, Tomo 1, Córdoba, 2004, pp 109 a 111.

[5] Hugo Storni S.I., *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata 1585-1768)*, Institutum Historicum SI, Roma, 1980, p.133.

Su necrológica sigue con la descripción de una serie de tratamientos que Gutiérrez realizó a varios enfermos, como por ejemplo al P. Díaz Taño que curó de una grave enfermedad[6]. En los años que estuvo radicado en Córdoba debió atender casos de pestes.

La Carta Anua de 1637-1639 firmada por el P. Francisco Lupercio de Zurbano al describir los sucesos del Colegio de Córdoba, menciona la existencia de la Botica y señala que se acercaban muchos pobres y hambrientos sanos a la portería de la misma, a quienes se les repartía alimentos y abrigos para cubrirse, pero agrega:

> Para los enfermos, empero, hay una botica especial en casa, de donde se reparte gratis toda clase de medicinas. Así logra la Compañía acudir a todas las necesidades humanas, las del alma y las del cuerpo, todo por amor a Dios y por caridad para con el prójimo[7].

Esta política demuestra que la Orden no tuvo en cuenta las prohibiciones papales que ordenaban no vender medicamentos en los Colegios, según veremos. De todos modos estos invalorables documentos coinciden con el *billete* que señala Furlong, por tanto podríamos establecer que, para mediados de la década del 1630, el Colegio de Córdoba contaba con la botica. La Carta Anua de 1650-1652 menciona la existencia de un Hermano Boticario, en coincidencia con otra peste que azotó por largo tiempo a la ciudad y afirma que los profesores del Colegio dejaron sus cátedras y ayudaron en la calamidad.

> Sirvió de socorro universal nuestro colegio de Córdoba, siendo que nuestro Hermano boticario apenas pudo descansar un rato, porque el Padre Rector había ordenado que no sólo se diesen víveres de balde, sino también todas las medicinas necesarias, además ropa, colchones, frazadas en abundancia.

Luego expresa que la misma tuvo mayores consecuencias en los esclavos y los indios

> hasta tal punto que casi la tercera parte de ellos pereció: con ampollas, pus, además de fiebres ardientes se consumían de tal manera que mientras se levantaba el brazo de un niño recién fallecido cayó arrancado del resto del cuerpo. Los enfermos exhalaban un olor tan fétido que ningún individuo sano se atrevía a acercarse hasta ellos, más aún podía sufrir la disminución y la ausencia de sus fuerzas[8].

Como no podía ser de otra manera, semejante calamidad, fue enfrentada desde el púlpito con rezos, procesiones y súplicas, y desde la botica con las medicinas que suministraba el boticario. Sin embargo nada pudo hacerse para contener la muerte casi por completo de los indios del Pueblo de La Toma, muy cercano a la ciudad. Los sobrevivientes fueron llevados a la residencia jesuítica donde recibieron mayores atenciones. Obviamente no fueron estas las únicas epidemias que azotaron a Córdoba, muchas otras dejaron infinidad de muertes, sobre todo en indios y africanos esclavizados. Era usual que los padres se trasladaran a los obrajes ubicados fuera de la ciudad donde trabajaban gran número de personas para catequizar pero más de

[6] El dato lo trae Garzón Maceda, citando a Trelles, quien, a su vez, encuentra la mención de Gutiérrez en la biografía del P. Díaz Taño que escribe el P. Francisco Xarque, *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, estado presente de sus misiones, Tucumán, Paraguay, y Rio de la Plata, que comprehende su distrito*. Pamplona, Ed. por Juan Micón, 1687.
[7] Carlos A. Page *El Colegio Máximo… op.cit.,* p.119.
[8] Idem, Ibídem, p. 168 y 180. M. E. del Río Huas, M. Revuelta González, S.J., *"Enfermerías y boticas en las casas de la Compañía…op.cit.,* p. 39

una vez debieron dejar a un lado esa tarea para hacer frente a las pestes y enfermedades que azotaban a estas poblaciones.

3. La legislación para los boticarios y el impulso de la Ilustración

Desde muy temprano, un decreto apostólico de 1637 del Papa Urbano VIII prohibió a los religiosos ejercer cualquier actividad diferente a la propia y solo se les permitía confeccionar medicamentos para la propia comunidad, sin otorgar permiso para su venta. Entre 1687 y 1692 una serie de disposiciones pontificias excluyeron a que los religiosos ejercieran como boticarios.

A principios de 1722, el Papa Inocencio XII insistió con la prohibición de la venta de medicamentos, exceptuando a los Hnos. hospitalarios de San Juan de Dios. Igualmente lo hizo Benedicto XIV en 1747. Pero estas disposiciones no fueron cumplidas y menos en América. La prueba está en la cantidad de pleitos que los boticarios seglares se encargaron de promover contra las boticas de las comunidades religiosas y en la existencia de los boticarios jesuitas que ejercieron en esta región del Paraguay a lo largo del XVII y XVIII.

En el último tercio del siglo XVIII los gobiernos borbónicos impulsaron la instrucción pública, lo que trajo como consecuencia que se produjeran numerosos cambios científicos, educativos y legislativos, los que obviamente incidieron sobre los tres principales gremios de la salud (médicos, cirujanos y boticarios). En 1761, el Consejo de Castilla autorizó las boticas de los religiosos con la condición de que éstas estuviesen a cargo de un boticario debidamente acreditado, que tuvieran puerta a la calle y se sometieran a las inspecciones de las boticas de seculares. Los hermanos boticarios contaron en esa etapa con el auxilio de *Las cartillas farmacéuticas* de Pedro Montañana, Pedro de Viñaburu y Francisco Brihuega, editadas con el objeto de mejorar la formación teórica del aprendiz de botica[9].

A su vez, varios son los autores que se encargaron de profundizar las enseñanzas de la química y de la botánica. En este aspecto, los jesuitas que conocían dichos textos trataron de poner en práctica lo que ellos proponían. En América y en Córdoba en particular, utilizaron además las hierbas que, a su vez, habían empleado

[9] Pedro Montañana fue un farmacéutico aragonés asentado en Zaragoza. Visitador de Boticas del Reino de Aragón, miembro del colegio de boticarios de Zaragoza del siglo XVIII y autor del *Examen de un practicante boticario, sustituto del maestro*. Esta es una sencilla cartilla farmacéutica de formación de boticarios de la cual se conocen dos ediciones, una de 1728 y otra de 1794. Pedro de Viñaburu, también conocido como Pedro Villaburu. Desconocemos la fecha de nacimiento y de muerte. Sabemos sí que este maestro boticario navarro del siglo XVIII, era natural de Olite y que fue miembro del antiguo colegio de boticarios de San Cosme y San Damián de Pamplona. Publicó en 1729 un libro para el aprendizaje de los nuevos boticarios titulado *Cartilla Pharmaceutica, chimico-galenica*, en la que se trata de los cánones de Mesué. Francisco Brihuega fue un boticario español considerado el más ilustrado de la época post-galenista y también autor de una cartilla farmacéutica: *Examen pharmaceutico, galenico-chimico*. Esta obra desde un punto de vista estrictamente científico es un anacronismo, ya que el boticario madrilense Félix Palacios y Bayá se había adelantado a él en la adaptación de las teorías modernas dentro de la farmacia. No obstante el mismo fue texto de estudio obligatorio en casi todo el territorio nacional durante el último cuarto del siglo XVIII, sobre todo en Navarra.

[10] Muchos y muy ilustres religiosos de esta Orden inscribieron su nombre en la historia de la botánica americana. Los PP. Ventura Suárez, Bernardo Nusdorffer, Pedro Lozano, José Guevara, Martín Dobrizhoffer, Pedro de Montenegro y Segismundo Asperger, entre otros, hicieron valiosos aportes al conocimiento histórico o científico de la flora del continente.

los indígenas de la zona aunque, a veces, con fines terapéuticos diferentes[10]. Los adelantos del siglo XVIII y la fructífera relación de la química y la medicina iniciarán un proceso de cambio en la farmacología y jugaron un papel fundamental en el terreno terapéutico. A partir de entonces se produjo una larga carrera entre químicos, farmacéuticos y médicos para encontrar componentes realmente activos de los extractos vegetales. Luego hubo un cambio en la legislación que no cabe detallar en esta oportunidad, aunque sí es importante recalcar que el protomedicato contribuirá a ejercer una política centralizadora sobre la sanidad, aunque por la distancia algunas medidas no se cumplían[11].

4. La suerte de la botica y de los dedicados al arte de curar tras la expulsión

El decreto de expulsión del 27 de febrero y la pragmática sanción del 2 abril de 1767 fueron el inicio de una serie de disposiciones tendientes a desterrar a la Compañía de Jesús del territorio español y luego incautar sus bienes. Entre otras instrucciones posteriores, se encuentra la real provisión del 22 de setiembre del mismo año, dirigida a los jueces subdelegados, para que apliquen las boticas a "Hospicios, Inclusas, Hospitales, y Casas de misericordia". Cinco días después se despachaba la Carta Circular que ordenaba indicar la existencia o no de boticas en las respectivas casas ocupadas[12].

El Real Decreto llegó al colegio de Córdoba en la madrugada del 12 de julio de 1767, de la mano del sargento mayor Fernando Fabro, quien arribó a la ciudad con 80 soldados fuertemente armados, además del auditor de guerra don Antonio Aldao. El P. Hernández, siguiendo al P. Peramás, testigo presencial de aquellos días, cuenta que los soldados golpearon la puerta de esa institución y al ser atendidos, solicitaron un sacerdote para la asistencia de un moribundo. El P. rector designó para la tarea al P. José Páez y un compañero. Pero al llegar a la puerta para salir, Fabro se adelantó y puso dos pistolas en el pecho del portero diciéndole que lo llevara con el rector. Mientras que Páez dijo "yo me voy al enfermo" y Fabro replicó sentenciosamente "ya no hay necesidad de más asistencia a enfermos"[13].

Entre los jesuitas que se encontraban esa noche en el Colegio mencionamos especialmente al médico P. Tomás Falkner (1707-1784), al boticario H. José Jenig (1724-1770) y al enfermero H. Tomás Guillermo Brown (1745-1768)[14]. La figura del inglés Falkner trasciende su tiempo, convirtiéndose en uno de los más importantes profesionales del Río de la Plata y del que se ha ocupado particularmente el P. Furlong[15]. Fue médico cirujano, encomendado a estudiar las plantas y aguas americanas por la Royal Society de Londres, siendo el único diplomado que había en la ciudad en tiempos de la expulsión. Inglés también era Brown, que había castellanizado su apellido en Bruno y había estado solo tres años en Córdoba, falleciendo al llegar a Cádiz. Jening, de origen checo, también había castellanizado su apellido en Echenique. Había reemplazado al boticario H. Esteban

[11] José Martínez Calatayud [Coord.], *Ciencias Farmacéuticas, del amuleto al ordenador*, Valencia, Fundación Universitaria San Pablo, CEU, 1998, pp.72 y ss..

[12] XXXIV Real Provisión de S.M. a consulta del Consejo, en el extraordinario, aplicando las Boticas existentes en las Casas de Regulares de la Compañía a Hospitales, Hospicios, Inclusas, y otras Casas de misericordia, que estén baxo de la Real Protección, en *Colección general de las providencias hasta aquí tomadas por el Gobierno sobre el estrañamiento y ocupación de temporalidades de los regulares de la Compañia que existían en los Dominios de S.M. de España, Indias, e Islas Filipinas,* p. 69 y 70 http://fama2.us.es/fde/providenciasDeLosRegulares.pdf .

[13] Pablo Hernández S.J., *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las misiones de Paraguay por decreto de Carlos III*, Madrid, Librería general de Victorino Suárez, 1908, p. 79.

[14] Guillermo Furlong S.J., *José Manuel Peramás y su Diario del Destierro (1768)*, Buenos Aires, Librería del Plata, 1952, p.137.

[15] Guillermo Furlong S.J., *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, Buenos Aires, Talleres Casa Jacobo Peuser Ltda., 1929.

Font que pasó a la botica del Colegio de Buenos Aires. Siguió la tradición boticaria de los HH Enrique Peschke (1674-1729) y Wenceslao Horsky (1723-1791), de notables trayectorias en la botica de Córdoba.

Falkner, Jenig y Brown fueron conducidos al puerto de la Ensenada donde la nave "La Venus" los llevó a España, junto al resto de los sacerdotes y coadjutores que se hallaban en las estancias. Acotemos que para el viaje el mismo Fabro comisionó al boticario de los jesuitas para que preparara un botiquín con medicamentos[16]. Sólo tres sacerdotes quedaron en Córdoba a los efectos de colaborar con la ardua tarea de los inventarios del Colegio, Noviciado, Convictorio, Casa de Ejercicios (antes noviciado), Casa de beatas y las propiedades rurales de Santa Ana, La Calera, Santa Catalina, Jesús María, Alta Gracia, Caroya, Candelaria y San Ignacio. Pero recién dos años después de la incautación se procedió a la tasación de los bienes, comenzando la tarea en el Colegio Máximo, el 10 de julio de 1769[17].

5. La administración de las Temporalidades

Fabro administró las temporalidades hasta 1771 cometiendo impunemente toda clase de actos ilícitos, seguramente con la complicidad del gobernador y capitán general del Río de la Plata, Francisco de Paula Bucareli y Ursula quien lo ascendió a teniente coronel. Mientras tanto la Junta Municipal de Temporalidades se constituyó recién el 19 de octubre de 1770 con la asunción de su presidente Cayetano Terán Quevedo. Luego de su renuncia fue reemplazado por José Luis Cabral quien, en definitiva, entregó la botica jesuítica a los Padres Betlemitas que administraban un hospital.

El administrador de los bienes jesuíticos había puesto al frente de la botica al boticario don Lorenzo Infante, quien se hizo cargo de su función el 4 de octubre de 1767[18] con la orden de inventariar los "vienes medicinales que en dicha oficina y almacén de ella se hallan con expresión de cantidad y valor"[19]. Previamente hizo una somera descripción, aunque aclaró que "no se anotaron las especies de medicina por no encontrarse persona que lo pueda hacer"[20].

Desde que Infante se hizo cargo hasta fines del mes de octubre de 1771, las cuentas de los medicamentos que se vendieron y se dieron a los esclavos de la ranchería del Colegio y del seminario, como también a los colegiales, soldados y personas particulares de la casa quedaron prolijamente anotadas [21]. Infante hizo su tarea siguiendo el riguroso reglamento sobre el manejo de las cuentas a presentar, que el virrey Vértiz le había enviado a Fabro y regía para las tres provincias. Firmado el 21 de julio de 1770 por Martín José de Altolaguirre y Juan de Asco, establecía en el apartado 28 que "Las cuentas de Botica deben presentarse por los encargados de ella á los Comisionados principales" y debían contar con inventario con su valor, haciendo constar las ventas, compras y gastos[22]. No obstante su

[16] Archivo General de La Universidad de Córdoba [en adelante A.G.H.U.N.C.], *Temporalidades de Córdoba*, CXI, A1, Nro 17, Leg.7. fol. 35 – 36.

[17] Ernesto J. A. Maeder, *Los bienes de los jesuitas*, Resistencia, Instituto de Investigaciones Neohistóricas – CONICET, 2001, p. 164.

[18] Garzón Maceda cree erróneamente que Infante ingresó en 1769 y que antes había nombrado otro boticario, pero no es así a la vista de los libros de cuenta (IEA, Documento Nº 2758) que expresan aquella fecha. Félix Garzón Maceda, *La medicina en Córdoba, apuntes para su historia*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Rodríguez Giles, 1916, Tomo 1, p.338.

[19] Existe un original y copias del inventario. El original en el Ex Instituto de Estudios Americanistas [IEA] Fondo documental Nº 2757. Una copia, que en principio se hallaba en el Archivo General de la Nación, se encuentra actualmente en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba [A.G.H.U.N.C] Caja 10, CXI, A2, Leg. 2, Nº 27.

[20] Este inventario se encuentra en el Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba y es el que trascribe Garzón Maceda en *La medicina en Córdoba… op.cit.,* pp 608 a 609.

[21] IEA, Nº 2258. Este documento estuvo originalmente en el Archivo del Colegio Monserrat, como lo da a entender Garzón Maceda que lo cita con ese origen, p. 339.

[22] A.G.H.U.N.C. *Temporalidades de Córdoba,* CXI, A1, Nro 12, Legajo.6 fol. 706v.

prolijidad, es innegable que respondía a los intereses de Fabro. De hecho fue él quien, el 4 de junio de 1772, firmó un certificado que le permitió al corrupto administrador, ya destituido de sus funciones, salir del arresto en que se encontraba, aduciendo que padecía de una hinchazón en las piernas o gota[23].

El inventario lo realizó el boticario asistido por el médico don Ignacio Tolosa, iniciando la tarea el 1º de febrero de 1768. Fue una ardua labor que se volcó en 12 fojas, siendo tasada la botica en 3.420 pesos, aunque sin incluir el mobiliario.

En la botica propiamente dicha se incluyeron varios ítems: "vinos"[24], ungüentos, lamedores, aceites, esencias, "espíritus"[25], bálsamos, tinturas y elixires, sal volátil, emplastos, "confecciones"[26], preparaciones y polvos, pulpas, semillas, harinas, polvos, cenizas, polvos de goma, píldoras, polvos cordiales, raíces, gomas, suecos, flores, aguas. En el almacén varias otras cosas se sumaban a la larga lista de frascos que prolijamente llenaban las estanterías y cajones de sus muebles. Este inventario y uno nuevo fue entregado a la Junta de Temporalidades el 24 de octubre de 1771, quienes se lo habían solicitado a Fabro, ya que había recibido un mes antes la orden de que debía abandonar el colegio. La Junta nombró a don Lorenzo de Orduña para que se hiciera cargo de la administración de la botica, y para verificar el traspaso a don Juan José Herrero e Ignacio Tolosa que tenían que confeccionar el nuevo inventario. Se dieron cita en el Colegio los designados y el diputado Fernando de Arce el 12 de noviembre de aquel año. Allí los recibió Fabro, trasladándose inmediatamente a la botica y comenzando la tarea, que se prolongó por varios días.

El resto de los bienes de la botica, como el mobiliario inventariado por los boticarios, fueron tasados posteriormente por el carpintero Antonio González y Juan de Alberro que reconocieron las estanterías, repisa, mostrador, cajas, arcas, papeleras, bancos, aunque los boticarios ya habían descrito los mismos. En definitiva el valor total de la botica ascendía a 10.489 pesos. En el ínterin de que se hacía el inventario falleció Orduña y se designó en su lugar a Tomás López Fernández.

Desde prácticamente el momento de la expulsión de los jesuitas, los betlemitas reclamaron la botica, tratando de acogerse a las disposiciones reales que mencionamos antes[27]. Fabro se oponía a entregarla hasta tanto no se decidiera la venta de los esclavos de los jesuitas, ya que ellos eran los que más la necesitaban. Demostraba a su vez que la botica constituía un buen negocio, porque según las cuentas del boticario, a fines de 1768 las rancherías consumieron medicamentos por un valor de 1.651 pesos y, al año siguiente, por 1.961. En tanto que producía de ventas al público 80 pesos mensuales que le servían para pagar el salario del médico y el boticario quedando un saldo a favor. Pero su argumento más firme era que por bula de Benedicto XIV se les prohibía a los hospitalarios tener botica para vender al público, por lo que de tenerla los Betlemitas, la ciudad y sus vecinos se privarían de ella[28].

[23] A.G.N.U.N.C., *Temporalidades de Córdoba*, CXI, A1, Nro 6, Legajo 6, fol.115.
[24] Se refiere a vinagres
[25] Se incluyen nitro ácido, romero, cuerno de siervo, amoníaco, etc.
[26] Contenía antídotos
[27] Archivo Arzobispado de Córdoba, Córdoba, *Temporalidades*, sobre vender los bienes y aplicar ornamentos. 1771. Legajo 4 Tomo I, fs. 48 a 53.
[28] Carlos A. Page, *La manzana jesuítica de la ciudad de Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba y Municipalidad de Córdoba, 1999, p. 44.

Pero los betlemitas no solo recibieron la botica sino también el edificio del antiguo Noviciado donde la llevaron. Con respecto a este inmueble, primeramente lo hicieron en calidad de préstamo, hasta que la Cédula Real firmada en Aranjuez el 3 de mayo de 1783, aprobó la definitiva aplicación.

6. Ubicación y descripción de los bienes de la botica en la manzana jesuítica

De los mencionados inventarios podemos extraer varias conclusiones, entre ellas reconocer el ámbito donde se ubicó la Botica. El sitio existe hoy aunque con otro uso, no así el mobiliario que permaneció inalterable hasta entrado el siglo XX.

La botica estuvo ubicada en distintos sitios de las dos manzanas que ocupaba el Colegio, siendo incluso reedificada en algunas oportunidades. Estas hipótesis surgen a la vista de varios documentos donde se mencionan diversos tipos de obras en la misma. Tal es el caso del memorial que suscribe el provincial Luis de la Roca, en el verano de 1715, ordenando una serie de reparaciones en el Colegio como que se demuela una pared de "la casa antigua en donde estaba la botica", con lo que se desprende que antes de esa fecha la botica había cambiado de sitio[29].

No era solo una habitación, de hecho contaba con otras como "la cozinilla de la botica" donde se hacía la comida para los enfermos. La atendería "alguno de los muchachos que asisten en la botica, con el hermano enfermero quien atenderá a guisar y sazonar", así lo consignaba el P. provincial Jerónimo de Herrán en 1729. Pues el boticario contaba con ayudantes, de hecho el P. provincial Antonio Machoni ordenó en 1740 que "Dos muchachos se conectaran con el hermano boticario, para que duerman en la botica, para lo se le pueda ofrecer de noche". Pero también el jesuita sardo decidió que se suspendiera la obra de la Capilla de Españoles, priorizando las obras del Colegio: "procurando seguir el lienzo inmediato, donde se ha de poner la botica abajo, y arriba pudieran hazerse aposentos para enfermeria, porque conviene que esta sea una pieza"[30]. Las obras de la botica debieron haber quedado concluidas durante la administración del P. Antonio Maccioni o Machoni ya que el provincial Nusdorffer, en 1745, solo dice que la botica y el obraje se inundaban y que por ello mandaba a reconducir el agua de la ranchería que producía el desperfecto[31]. Mientras que un memorial del P. Barreda de 1754 —que cita Pablo Cabrera— expresa que ya se había construido la Capilla de Españoles, que Machoni quería postergar priorizando las obras del colegio. Aunque en la descripción del Colegio y sus estancias que hace el provincial Nicolás Contucci en su visita del mes de octubre de 1760 expresa: "Se ha hecho parte de los aposentos que sirven de enfermería, la nueva botica, en la que están ya echando las últimas bóvedas..."[32].

[29] Archivo General de la Nación [en adelante AGN], *Compañía de Jesús*. Legajo 3 (1703-1722) Sala IX-6, 9, 5. Carlos A. Page, *La manzana…"*, p. 70.
[30] AGN, *Compañía de Jesús*. Legajo 5 (1735-1745) Sala IX-6,9.
[31] AGN, *Compañía de Jesús,* Leg. 5 35-45, Sala IX 6-9-7.
[32] Pablo Cabrera, *Tesoros del pasado argentino. Cultura y beneficencia durante la colonia. Tomo 1 educación*, Córdoba, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 2º edición, 1928, p. 18 y 19.

Pero toda esta información, en la que podríamos suponer se puede localizar el ámbito de la botica, se minimiza con el contundente plano de la manzana jesuítica del arquitecto Antonio Forcada de 1748 (Fig.1), que es de los pocos que se conservan de la época jesuítica. En él la ubicación de la botica se la señala en la primera habitación del tercer patio hacia la calle. Como sabemos este patio y sus habitaciones circundantes fueron demolidas en 1875 cuando se reabrió la calle "Duarte Quirós". Sin embargo, quedaron algunas piezas y una de ellas correspondería a la antigua botica. Está ubicada al frente sobre la actual calle Trejo y es la habitación de la esquina, es decir la ubicada inmediatamente a la izquierda del ingreso principal al actual Colegio Monserrat (Fig. 2).

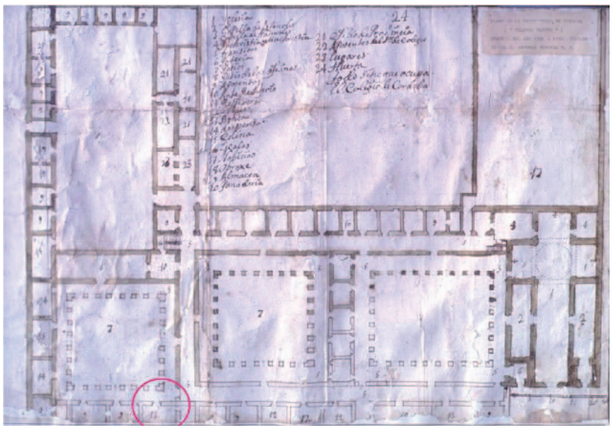


Fig. 1. Plano del Hno Forcada (c.1748) señalando la ubicación de la botica

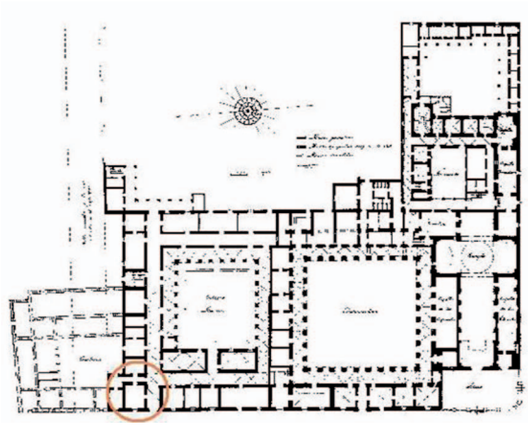


Fig. 2. Plano (c.1867) señalando las habitaciones que se demolerían para la apertura de la calle, en círculo la ubicación de la botica

Esta habitación, señalada en el primer plano como botica, estaba rodeada de "aposentos", que se suponen habitaciones destinadas a los padres, pero posiblemente hayan sido habitaciones para enfermos. O bien —como manifiesta el inventario de la expulsión realizado por el Maestro Arquitecto Joaquín Marín— hayan sido tres habitaciones "dos aposentos bajos y uno alto, que sirve de almacén a esta oficina"[33] de la botica, y estarían ubicados de frente por la calle Trejo a la izquierda, es decir, parte de la demolición mencionada.

[33] A.G.H.U.N.C. *Temporalidades de Córdoba*, CXI, A1, N° 6, Leg. 5, Fol.243 y 244.

Mientras que el depósito estaba en la planta alta, no representado en el plano de Forcada. El mismo inventario que venimos trabajando sobre la botica en particular, señala que la misma era una habitación abovedada "de ocho varas de largo, de naciente a poniente, y de norte a sur seis varas". Estaba cubierta por un mueble dividido en dos cuerpos. El bajo tenía el "color de la propia madera", con cinco órdenes de cajones que contenían 272 pequeños cajones con sus correspondientes letreros que indicaban su contenido. Sobre ellos se ubicaba el otro cuerpo con estantes, "pintado de azul, encarnado, y dorado, y en sus extremos una cenepha en la misma conformidad pintada, y dorada". La misma tenía "tres varas y dos tercias de alto". En estos estantes, cuidadosamente arreglados, se disponían los frascos de cristal, porcelana y peltre para contener las medicinas (Fig. 3 y 4). En esta sala que frecuentaba el público, se encontraban además, cuatro cuadros redondos de San Ignacio, San Francisco Javier, San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka.

Fig. 3 y 4. Fotografías del mobiliario de la botica tomadas por 1956 cuando se encontraba en el Hospital San Roque

También y completando el mobiliario había un mostrador "de dos varas de largo" que servía para despachar los medicamentos y otro debajo de la ventana y con el mismo fin. Justamente ésta se encontraba vidriada y se ubicaba al naciente de la habitación "de cuerpo entero con su reja de hierro a la calle" y "sus puertas de tableros pintadas de verde". Tenía también otra ventana pintada al óleo y dorada "con su cortina de estampadillo, o sarden de azul riveteada con cinta carmesí". En el frente estaba la puerta de ingreso "de tablero con cerradura y llave de metal amarillo con dos tiradores de lo mismo"

Sabemos por este inventario que la botica había conservado la cocina que mencionamos antes, de la que se describen todos sus utensilios, además de un mostrador de cedro de tres varas y media de largo y poco más de vara de alto y ancho, con dos alacenas con cuatro cajones.

El zaguán, donde está el actual ingreso al Colegio Monserrat, se lo denominaba *obrador de la botica, rebotica* o *antebotica*, y tenía una estantería que servía para contener otros tantos frascos de farmacia, peroles, vasijas y numerosos libros, algunos de los que haremos referencia luego. Contaba con una chimenea y varios hornillos, además de tres alambiques y un almirez; varios pildoreros y diferentes vasijas. Finalmente contaba con un almacén en la planta alta[34].

7. Los libros de la botica: transmisores del saber científico

El desarrollo de la imprenta posibilitó la edición de libros especializados a un precio más moderado, en diferentes lenguas y a mayor velocidad[35]. La vigencia de las ideas Ilustradas y la difusión de nuevos textos contribuyeron a modernizar los conocimientos de ciencias como la botánica, química, física y matemáticas, a la vez que favorecieron al heterogéneo mundo de sanadores americanos que pudo tener mejor formación.

Simultáneamente a medida que se extendía la presencia extranjera en América, la medicina, la farmacopea y los diversos textos del saber médico editados en Europa tuvieron presencia en esta parte del mundo y varios autores clásicos comenzaron a ser conocidos y leídos. A su vez recordemos que los siglos XVII y XVIII fueron generosos con el progreso de la botánica americana gracias a los estudiosos que, enviados por gobiernos o instituciones científicas del Viejo Mundo, o por propia iniciativa, cruzaron el mar para llegar al Nuevo atraídos por el inagotable material que les ofrecía su flora. Por tal razón, toda oportunidad fue aprovechada por los diferentes Estados quienes enviaban a sus hombres de ciencia con propósitos de estudio en los navíos que se dirigían a América.

El Río de la Plata no fue la excepción y a lo largo del siglo XVIII se vivieron en él situaciones semejantes a las descritas. En esta jurisdicción, religiosos y laicos prestaron atención al tema de la salud por lo que era usual que en los monasterios y conventos jesuíticos,

[34] Idem, Ibídem, g. 40 y ss.
[35] Bertha M. Gutiérrez Rodilla, *La medicina, sus textos y sus lenguas en la España de Cervantes,* Panace@ Vol. Nro 21-22, septiembre-diciembre, 2005.

dominicos, agustinos y franciscanos, se ayudaran a paliar las enfermedades de la población ocasionadas a veces como consecuencia de pestes o epidemias, utilizando terapéuticas herbolarias y remedios que ellos mismos elaboraban. Por tal razón desde temprano se preocuparon por traer toda la información sobre el tema editada en el Viejo Mundo, al tiempo que redactaron sus propios herbarios de las plantas que se recogían en las misiones. Particularmente los jesuitas desde los primeros tiempos de su permanencia en América, ante la falta de médicos y medicinas dedicaron gran parte de su vasta y fecunda labor, al estudio y recolección de plantas vernáculas y a establecer sus vinculaciones con la medicina. Si bien no eran especialistas en la ciencia de Galeno y en Farmacopea durante su estadía en el Plata ejercieron como médicos y boticarios[36]. Para suplir la falta de conocimientos importaron libros editados en Europa, los que fueron incorporados a sus propias bibliotecas.

El primer inventario de la Botica del Colegio Máximo de Paraguay realizado tras la expulsión, en 1768, no menciona los libros existentes en ella, recién se lo hace en el levantado en 1771, aunque este último es bastante impreciso en la descripción de los mismos pues solo se limita a la materia, tamaño (de folio o de cuarto) y su valor[37]. Entre ellos se citan 15 libros de farmocopedia (14 en folio y uno en cuarto), 15 en folio de medicina de varios autores, otros 15 en cuarto de cirugía y medicina de varios autores, 30 libros en cuarto en lengua alemana de varios autores, que al decir del tasador: "que no se entienden, los que no se tasaron por falta de inteligencia".

De tal forma que ni este inventario, ni los sucesivos, nos brindan mayores informaciones que la de poseer en sus estantes la suma de 75 libros. Hoy, sin embargo nos sobran los dedos de una mano para contar los que hemos localizado en esta ciudad. Para reconstruir en parte su existencia poseemos un manuscrito con una lista de los libros de la botica que relevó el padre Carlos Leonhard SJ, a principios del siglo XX, aunque posiblemente se la haya acercado el P. Grenón y que Guillermo Furlong publicó en parte, sumando la noticia de otras obras que se encontraban supuestamente en el museo Sobremonte[38]. Por entonces, el jesuita alemán anotó 11 obras que había localizado en el "Archivo del Hospital San Roque" señalando que había confeccionado la misma en base a los ex libris con que contaban los mismos que rezan: "aplicado a la botica de Córdoba"[39].

Tampoco hemos encontrado suficientes referencias de la biblioteca de la botica durante el período jesuítico. Una de ellas es la del mencionado P. Pedro de Montenegro quien, en sus memorias, menciona la existencia un texto de un tal Riveiro (sic) que explicaba cómo el médico francés Ascencio curaba la tisis con el Guayacán, un árbol del norte argentino[40]. Obviamente y aunque no se citen en ningún lado no podían estar ausentes en dicha biblioteca los tratados de los PP. Montenegro y Asperger, y los extraviados recetarios y libro de cuentas que llevaba el boticario. Suponemos además que las obras de Pedro Andrés Mathiolo [Andrea Mattioli], Andrés de Laguna y Dioscórides estuvieron en sus estantes en tanto fueron los autores que Montenegro usó para dar las explicaciones que in-

[36] María Cristina Vera de Flachs, *De comadronas a Obstetras. La institucionalización del saber*, Córdoba, 2010.
[37] IDEM, Ibídem, f. 66v.
[38] Guillermo Furlong S.J., *Médicos argentinos durante la dominación* hispánica, Buenos Aires, Ed. Huarpes, 1947, p. 246. En una visita al Museo Sobremonte se nos aseguró verbalmente que no poseen ningún libro de la antigua botica.
[39] Cuando Leonhardt menciona "Archivo" se debe referir a "Biblioteca", pues el Archivo con la documentación histórica, cuyo índice publicó Garzón Maceda, fue trasladado al Archivo Histórico de la Provincia, donde se alteró su ordenación y no se registraron muchos documentos que no se encuentran en este Archivo.
[40] F. Garzón Maceda, *La medicina en Córdoba…, op. cit.* p. 56.

sertó en los tres primeros capítulos de su propio texto cuando se ocupó de las propiedades curativas de algunas especies vegetales a las que agregó una nomenclatura botánica[41].

En cuanto al texto de Riveiro [sic] que alude Montenegro probablemente haya sido el que encontró Leonhardt del destacado médico francés Lázaro Riverio (1589-1655), titulado *Consiliarii Medici ac professoris regii* publicado en Lugduni en 1679. Riverio fue profesor en la universidad de Montpellier, donde nació y murió. Su obra fue publicada varias veces, primeramente en Lyon en 1633.

Otro autor francés citado en la lista de textos rescatados por Leonhardt, es el del *Curso químico* que éste estima es "Lemmer". Obviamente se trata del *Cours de Chymie* de Nicolás Lémery (1645-1715) (Fig. 5), tercera edición con láminas, que apareció prolongada por Zapata en 1721 y que fue la primera exposición sistemática de la química en castellano.

Fig. 5. Nicolás Lémery autor del Cours de Chymie de 1721

En cuanto a ediciones y autores españoles, sobresale la del médico salamantino del siglo XVIII Francisco Suárez de Rivera (¿-1738), un prolífero y extravagante autor de obras de medicina. En la botica cordobesa se conservaban tres de sus obras: *Medicina ilustrada*, publicada en 1725 y que Leonhardt advierte que le faltaban las ilustraciones y *Remedios de deplorados, probados en la piedra lydio de la experiencia*, publicado en Madrid en 1733 y *Cirugia Methodica Chymica Reformada,* también publicada en Madrid en 1722 por Francisco Laso, quien como se inscribe en la portada, la costeó y la vendía en su propia casa.

De la misma procedencia es el conocido y muy difundido *Tyrocinio Pharmacopeo* del boticario del Hospital General y de la Pasión de Madrid Jerónimo de la Fuente Piérola, en una edición de Pamplona de 1721, recordemos que la edición príncipe fue editada en Madrid por Antonio de Zafra en 1683 y que luego le sucedieron muchas otras.

En la biblioteca del Colegio Máximo se hallaban varios libros de medicina, como lo demuestra un catálogo de 1757[42], pero al igual que en los otros Colegios americanos también había obras de esta materia en sus boticas.

[41] Pedro de Montenegro, S. J., *Materia médica Misionera*, www.bvp.org.py/biblio_htm/montenegro/modo_de.htm. Pedro de Montenegro, S. J., *El Hermano Montenegro. Su materia médica misionera*, en *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, dirigida por Manuel Ricardo Trelles, Tomo I y II, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1888, PP. 269. Idem, *Revista de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 1944, pp. 266.

[42] En el Index Librorum de 1757 encontramos *Arte de Botica* de Alphonsus Fubera, *Tratado de botica* de Luis de Oviedo, *De Re Medica* de Pachus Aigiteta, *Opera Medica* de Donato Antonio Altomare, *Fructus Medicina* de Joannes Amatus, *Tractatus Medicina* de Joannes Amatus, *Thesaurus Medico* de Adrianus Amynsicht, *Scientia media defensata* del jesuita Francisco Annatus y otros. Esteban Federico Llamosas "El Index Librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu" en Marcela Aspell y Carlos A. Page (comp.) *La biblioteca jesuítica de la Universidad nacional de Córdoba*, Córdoba, 2000.

Otros libros de la misma botica de Córdoba son *Farmacopea Schrodero Hoffmanniana illustrata et aucta*, publicado en Génova en 1687. El libro compilado por Johannes Jacobus Mangetus (1652 1742) es un tomo en folio de más de 800 páginas con grabados, aplicado a su biblioteca en 1730. También se localizaban los seis tomos la *Encyclopaedia, medicinae theoretico-practicae* de Johannes Dolaeus (1650-1-1707) editados en Venecia en 1690.

Siguiendo la lista de Leonhardt ubicamos a uno de los libros de Duarte Madeira Arrais (1600-1652), *Methodo de conhecer e curar o Morbo Gallito…* publicado en Lisboa en 1715, reeditando las dos ediciones anteriores de 1642 y la de 1683 y contando con las ilustraciones del Dr. Francisco da Fonseca Henriques. El autor era natural de Moimenta da Beira y fue uno de los médicos más reputados de su tiempo. Estudió en Coimbra y fue médico de Juan IV. Un mercader español llamado Francisco Cabrera, menciona este libro en un catálogo de 1630, para su venta en Indias.

Finalmente de la mencionada lista de Leonhardt no nos coincide el autor de *Aphorisimi de cognoscendis et curandis morbis* Francisco Icardona-Patavii, pues hemos registrado como autor de esa obra a Hermann Boerhaave (1668-1738) (Fig. 6), quien fuera un destacado médico holandés. De la misma lista tampoco pudimos ubicar el voluminoso libro titulado *Universum Separti Institutum Medicinae*.

Fig. 6. Hermann Boerhaave

En el museo Sobremonte —dice Furlong— aunque nosotros lo hallamos en la colección jesuítica de la Biblioteca Mayor, se encontraba con ex libris de la botica, el libro del médico genovés Giovanni di Vico (o Vigo) (1460-1517) *Prattica universale en cirugia*, en una edición veneciana de 1669 (Fig. 7), aunque sabemos que la primera databa de 1514. Vigo fue médico del Cardenal de Rovere, después de Julio II, quien le llevó a Roma y le nombró médico pontificio. Se tiene constancia que su libro ya se encontraba a la venta en Lima en 1583 y también estaba en la botica del colegio de Buenos Aires[43]. El libro contiene el exlibris: *"Botica de Córdoba"* y *"De la Botica de Córdoba"*. Esta obra fue traducida a varios idiomas y reeditada muchas veces. La primera parte: *¨La Copiosa¨*, trata enfermedades universales, venéreas, quebraduras, etc., y la

[43] Guillermo Furlong S.J., *Medicos*... op.cit., p. 244.

forma de curarlas. La segunda: *¨La Compendiosa¨*, se refiere especialmente a la cirugía de cráneo.

LA PRATTICA
VNIVERSALE
IN CIRVGIA
Di Giouanni di Vico Genouese.
Di nuouo riformata, & dal Latino ridotta alla sua vera lettura; Con le Figure in disegno de i Semplici nel Settimo Libro.
Appresso vi è vn bellissimo Compendio, che tratta dell'istessa materia; Composto per Mariano Santo Barolitano.
Con due Trattati di Gio. Andrea dalla Croce, L'vno in materia delle Ferite, L'altro del canar l'Armi, e le Saette fuori della carne.
Et di nuouo aggiuntoui molti Capitoli, estratti dall'Opere del Dottore, & Caualier Leonardo Fioravanti Bolognese, i quali sono molti necessarii alla Medicina, & Cirugia per bene operare.
Con la tauola di tutto quello, che si contiene nell'Opera.
VENETIA, Per Nicolò Pezzana. M.DC. LXIX.
CON LICENZA DE I SVPERIORI, ET PRIVILEGIO.

Fig. 7 Prattica universale en cirugia obra del genovés Vico que se encuentra en la Biblioteca Mayor

También, relata Furlong que en el museo Sobremonte se encontraba el libro del prestigiosísimo Albrecht von Haller (1708-1777) (Fig. 8), *"Opuscula pathologica... potissimum continentur. Accedunt experimenta de respiratione"*, publicado en Lausana en 1755. Haller nació en Berna y fue una de las figuras más importantes de la fisiología de la Ilustración. Estudió medicina en las universidades de Tubinga y de Leiden, doctorándose a los 19 años. Su obra fue inmensa, escribió textos de carácter enciclopédico, bibliográfico, anatómico, fisiológico, botánico, religioso, etc.; además de mantener una profusa correspondencia al punto que se conservan unas catorce mil cartas suyas; publicó miles de recensiones en los *Göttinger Gelehrten Anzeigen*; y editó varios textos clásicos.

Fig. 8. Albrecht von Haller

En La Biblioteca Mayor se encuentran escritos del médico e investigador italiano que estudió la quina peruana Sebastiano Bado. Son dos obras que se han encuadernado en un solo volumen: *Anastasis corticis Peruviae seu Chinae Chinae defensio contra ventilationes Ioannis Iacobi Chifletii, gemistusque Vopsci Fortunati Plempii*, vie-

ron la luz en Génova en 1663. Esta obra no tiene portada y figura en el *Index Librorum* de 1757. La otra obra inserta en el mismo volumen es *Phlebotomiae necesitas, asserta*, editada también en Génova por Pietro Ioannis Calenzani en la misma fecha de 1663.

En cuanto a los libros de los jesuitas de Córdoba que se hallaban en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y que fueron trasladados a la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba a fines del siglo XX se encuentran dos con su *exlibris* de la Botica del Colegio Máximo: el del clásico griego Claudius Galenus (130-200) *De usu partium corporis humani*, publicado en París en 1578 (Fig. 9), lleva la inscripción manuscrita *"De la Botica del Colegio de Córdoba"* aunque ésta fue tachada y agregado abajo *"De la librería pequeña del Colegio de"*. El otro libro es el del médico de Felipe II, Dionisio Daça Chacón (1510-1571), titulado: *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín*, publicado en Madrid en 1678 (Fig. 10), siguiendo varias ediciones anteriores y siendo dedicado al licenciado don Antonio de Oliver que fue cirujano de Cámara de Felipe IV y Carlos II. El editor fue Bastida, mercader de libros establecido frente a las célebres gradas de San Felipe el Real, quien la reimprimió en la imprenta del Reino de Lucas Antonio de Bedmar[44]. Este ejemplar tiene inscripto como *exlibris "Aplicado al Colegio de Córdoba, a su Botica"* y por cierto, como el anterior, posee los ovales sellos de la Biblioteca Nacional.

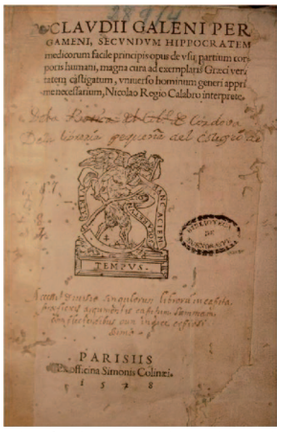


Fig. 9. Edición francesa de Galeno de 1578

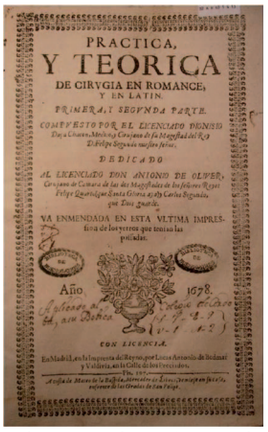


Fig. 10. Práctica y teórica de cirugía de Dionisio Daça Chacón

8. El destino de la botica jesuítica

Casi todos los médicos o enfermeros jesuitas que estuvieron en Córdoba, durante los siglos XVII y XVIII, pusieron sus esfuerzos para el crecimiento y fama de la Botica. Pero la expulsión de la Orden decretada en 1767 terminó con todos esos méritos en muy poco tiempo.

En esta historia de la botica jesuítica se cruza la de la orden hospitalaria de los betlemitas, que en aquel año de la expulsión cumplía 100 años de la muerte de su fundador Pedro Betancourt. Habían llegado a Buenos Aires en 1747 para hacerse cargo del hospital de San Martín. A Córdoba arribó primeramente el P. José de Asunción en el verano de 1762, para atender los enfermos

[44] Miguel de la Plata y Marcos, *Coleccion bio-bibliográfica de escritores médicos españoles*, Madrid, Impr. de A. Gómez Fuentenebro, 1882, p. 58.

a domicilio. Incluso consta que al año siguiente, el P. Asunción ayudaba al P. Falkner en el Colegio jesuítico[45].

Al poco tiempo se sumaron otros sacerdotes betlemitas y recibieron la importante donación del obispo Diego Salguero de Cabrera. Una de sus casas legadas, sirvió provisoriamente como hospital hasta mediados de 1772 en que pasaron a habitar un edificio que había sido ocupado por los jesuitas como noviciado. Las arduas gestiones para esta importante adquisición las comenzó a realizar fray Narciso de San José, quien logró su cometido, aunque la Junta de Temporalidades le concedió en principio una ocupación temporaria hasta tanto llegara la aprobación real que los hiciera propietarios del inmueble.

Mientras tanto y con los fondos del obispo Salguero, se construía un nuevo edificio junto a la iglesia de San Roque. Pero antes se ocuparon de arreglar el maltratado edificio de los jesuitas y habilitaron en él una sala donde ubicaron diez camas para internación. También recibieron el "residuo de la botica de los regulares expatriados", como calificaba a la botica jesuítica el por entonces presidente de la comunidad fray Juan Ascencio de la Concepción en carta dirigida al gobernador el 13 de enero de 1773, pues cuando la recibieron sólo había unas pocas drogas y aperos, según lo afirma el párrafo que sigue: "los simples; drogas; estantes y demás aperos de la Botica de la Compañía, por 10.481 pesos, con rebaja por lo que se robó y por lo que se derramó".[46]

No obstante, en la donación del obispo Salguero se incluía una importantísima botica y que en definitiva se juntaron en el nuevo edificio. Antes de instalarse se realizó un prolijo inventario, firmado en julio de 1771, mientras que en un acta firmada por el visitador betlemita, se expresa que recorrió la nueva "botica, trasbotica y su obrador".

El prestigioso médico cordobés Félix Garzón Maceda conoció el edificio, aunque cuando escribió su famoso libro sobre la medicina de Córdoba señaló que ya hacía 30 años que se había demolido. No obstante pudo encargar al ingeniero Gustavo Gómez que practicara un relevamiento del mismo en base a los inventarios de 1768 y 1771, además del acta de 1773 que nos grafica claramente dónde se ubicó la botica[47] (Fig. 11).

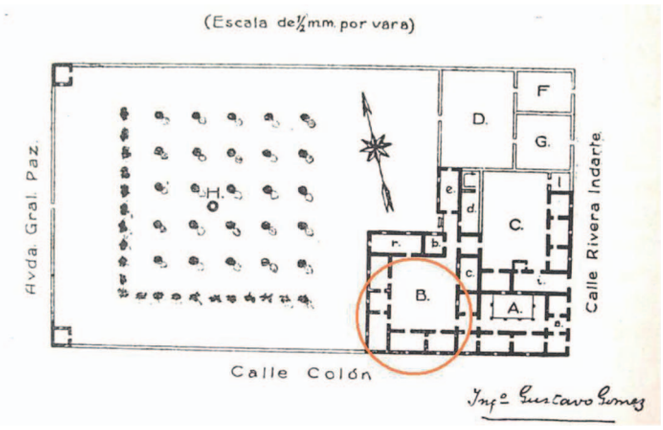


Fig. 11. Reconstrucción de la botica de los betlemitas en el antiguo noviciado de los jesuitas realizada por el ing. Gustavo Gómez publicada en 1917

[45] Félix Garzón Maceda, *La medicina,* p. 130.
[46] Guillermo Furlong S.J., *Médicos… op.cit.*, p.197. AHPC, 27-10-1727 *Escribanía* 3, Protocolos, leg. 8
[47] Félix Garzón Maceda, *La medicina, op.cit.*, p. 170.

En el edificio jesuítico los betlemitas estuvieron casi tres décadas, tiempo en que tardaron en construir el hospital San Roque que ocuparon desde el 20 de julio de 1800, abandonando el antiguo noviciado que fue vendido con el tiempo en forma fragmentada. La enriquecida botica permaneció en el Hospital San Roque hasta —como dijimos— su inexplicable destrucción

En este sentido una fotografía del mobiliario de la botica jesuítica fue impresa en 1916 por Garzón Maceda, reproduciendo la misma Furlong en 1947. Las que aquí presentamos —cedidas por Eckart Kuhne— fueron tomadas entre 1957 y 1958 por el jesuita suizo Félix Alfred Plattner (1906 – 1974), quien recorrió América Latina junto al fotógrafo Albert Lunte, para registrar fotográficamente los monumentos levantados por los antiguos jesuitas, especialmente aquellos de los maestros alemanes del arte barroco. Su impresionante colección fue depositada en el archivo de los jesuitas en Zurich. Parte de esas fotografías fueron publicadas por Plattner en dos libros: *Genie im Urwald* (1959) y *Deutsche Meister des Barock in Südamerika im 17 und 18* (1960).

De este mobiliario hoy no queda prácticamente nada. Tenemos noticias que algunos cajones se encontraban en el depósito del Museo provincial "Marqués de Sobremonte". Mientras que el Museo del hospital, creado en 1970, permanece cerrado hace varios años, con lo que dudamos de la permanencia de su patrimonio. No obstante, se nos informa que conservaron algunos de los estantes con sus típicos frascos de peltres; los moldes de bronce y níquel; un mortero de hierro con pilón del Siglo XVII; un curioso pildorero con su plancha y paleta de amasar, así como otros interesantes enseres, pero aparentemente ningún libro.

9. A modo de conclusión

A lo largo de estas páginas hicimos notar la dispersión que sufrieron los libros de medicina y farmacopea existentes en la Botica del Colegio Máximo de Paraguay y los pocos que existen en la actualidad en la Biblioteca Universitaria. Sin embargo, tenemos noticias que parte de dichos textos se encuentran en una biblioteca privada de la provincia de Córdoba, entre ellos el Madeira y Riveri ya citados que fueron vistos por Leonhardt S.J. a principios del S. XX en el Hospital San Roque y que como tantos otros desapareció de esa biblioteca. Recientemente localizamos los dos tomos mencionados y un tercero, el primer tomo de la *Operum in sex tomos divisorum …* de Daniel Sennert (1572-1637) publicado en *Lugduni: Sumptibus Ioannis Antonii Huguetan, 1676* (Fig. 12). Este médico alemán fue la figura médica más importante en el primer tercio del siglo XVII y de amplia vigencia durante casi todo el siglo siguiente, siendo pionero en aplicar la teoría atomista a la química.

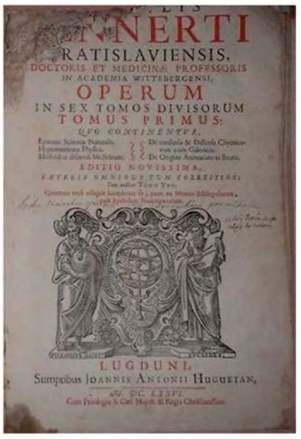
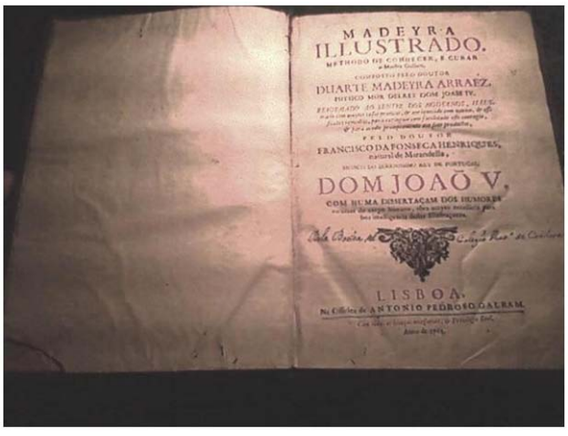


Fig 12. *Operum in sex tomos divisorum …* de Daniel Sennert (1572-1637)

Por otro lado, cabe decir que hace un tiempo hubo un intento de unificar en Córdoba las Bibliotecas Jesuíticas existentes en el Río de la Plata, pero solo confluyeron a esta ciudad los libros procedentes de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, los que se sumaron a los de la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba. No tenemos constancia de los existentes en los museos mencionados por los padres Leonhardt y Furlong, aunque sabemos que el Colegio del Salvador de los jesuitas en Buenos Aires cuenta con un importante fondo y que actualmente está reuniendo en él los procedentes de las bibliotecas de los restantes colegios del país, aunque recién está siendo catalogado[48].



El edificio de la antigua botica, al menos sus muros, se encuentra en pie. Luego de la apertura de la calle y demolición del tercer patio del Colegio Monserrat le siguió una reforma en la fachada del mismo a fines del siglo XIX. Posteriormente y como corolario de la destrucción se reformó nuevamente su fachada en 1928. Hoy la sala principal de la antigua botica es la habitación de la secretaría del rectorado de dicho Colegio.

[48] C. Leonhardt, "Los Jesuitas y la medicina en el Río de la Plata", *Revista Estudios* (Buenos Aires), 1937, LVII, 101-118.